

La Palabra Libre

Periódico republicano de cultura popular

Los originales que no hayan sido pedidos no se devuelven. De los artículos firmados responden sus autores.

Madrid, 30 de Abril de 1911

La correspondencia a la Administración:
TESORO, 7, PRAL.



EL 1.º DE MAYO



Los que han escrito verdadera historia crítica de la Revolución francesa, censuran a Robespierre su inconsecuencia y más aún, la falta de consonancia entre sus ideas y sus actos, pues vivo todavía el entusiasmo que en Francia despertó su razonadísimo alegato contra la pena de muerte, se embriagó de sangre humana en las calles de París, durante aquellos trágicos días que forman el período constituyente de la sociedad contemporánea.

Algo parecido a esto sucede con Carlos Marx, espíritu rebelde que contamina su salvable rebeldía a las masas obreras de su tiempo, y una vez creada esta función del espíritu y formados los órganos que habían de desempeñarla, desde la jefatura de *La Internacional* convierte a los tigres en corderos y les obliga a doblar sus rodillas, llagadas en la mina, y a juntar sus manos abrasadas en la fragua, para pedir humildemente a los gobiernos lo que ya se había convenido en que era un derecho ilegible.

¿Hizo bien? ¿Hizo mal? ¿Es lógica ó paradójica la conducta de Carlos Marx? Todavía no se puede contestar con precisión a estas preguntas; únicamente cabe decir, que si desde el año 1862 se han «socializado» los programas de gobierno correspondientes a todas las fórmulas políticas, por virtud de las peticiones sumisamente formuladas, trocada la súplica en razonada exigencia, se hubiera conseguido mucho más, puesto que ningún político niega, desde la oposición al menos, que sobre estos solares es preciso edificar mucho y bien.

La Exposición Universal de Londres de 1862, congrega en la ciudad de las nieblas obreros de todos los países, menos del nuestro, inficionado aún por las emanaciones morbosas de la insepulta pragmática de 1559, obra profunda debida al gran Felipe II, gloria inmarcesible de su patria.

Reunidos algunos en la «Taberna de los francmasones», convienen en la necesidad de crear comités de trabajadores, que intervengan en las cuestiones de industria internacional; propónense dar rienda suelta a su pensamiento, sometido desde entonces a cuidadosa gestación, y dos años después, en el gran mitin de «Saint Martin's Hall», se constituye la «Asociación Internacional de Trabajadores» cuyos estatutos definitivos debían ser aprobados poco tiempo después, en un Congreso convocado por el comité de Londres.

Marx dirige la redacción de los estatutos y consigna al frente de ellos que el fin de la Asociación es «servir de centro de comunicación y cooperación entre todos los obreros de los diferentes países, para procurar el concurso mutuo, el progreso y la plena emancipación de la clase trabajadora».

Rebustecida la Internacional con el apoyo de los «Trade's Unions», de Inglaterra, llega a extenderse por todas las naciones de Europa, fija sus conclusiones en los cuatro Congresos de Ginebra (1866), Laussana (1867), Bruselas (1868) y Basilea (1869); pero cuando comenzaba a fructificar es-

pléndidamente, su temperamento pacífico la quebrantó, favoreciendo la disidencia de Bakunine, iniciada ya en el Congreso últimamente citado, y, declarada de modo terminante en el de La Haya de 1872, en donde, si bien con la expulsión de Bakunine y de Guillaume, quedó a favor de Marx el triunfo material, puede afirmarse que la disidencia triunfó moralmente, como lo prueban los hechos de haberse trasladado a Nueva York el Consejo general y no haber tenido gran importancia el Congreso que al año siguiente se reunió en Ginebra.

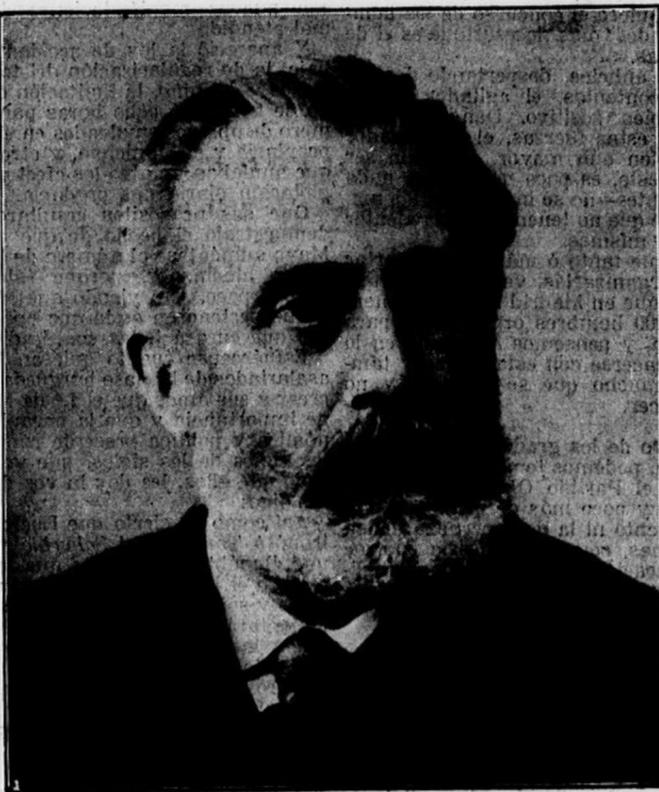
La tendencia socialista constituye una política adjetiva unida a otra política substantiva, que, generalmente, es la republicana; esto se desprende de lo tratado en las reuniones que los elementos dispersos de la Internacional celebraron, con cortos intervalos, en París, Lión, Marsella, Havre, Reims, Saint-Etienne, etc.

En 1889, con motivo de la Exposición Universal de París, se reúnen de nuevo estos elementos y formulan el programa ad-

jetivo—también—que los obreros españoles llevaron al gobierno en la huelga general de 1.º de Mayo de 1890.

Los gobiernos han ido concediendo casi todas las innovaciones y reformas consignadas en el programa de París; pero el preámbulo de dicho documento, consignaba que lo comprendido en él, sólo eran soluciones próximas, pues la verdadera orientación de la corriente socialista era «la completa emancipación del trabajo y la humanidad y la organización del proletariado en partido de clase, para que, apoderándose del poder político, pueda un día realizar la expropiación de la clase capitalista y la apropiación social de los medios de producción».

En consonancia con este propósito, quedó establecida la «Fiesta del 1.º de Mayo», que tiene por objeto «internacionalizar la lucha de clases y hacer que los esclavos de



PABLO IGLESIAS

el más denodado propagandista de la causa de los trabajadores en España

ambos mundos se pongan en condiciones de acudir al primer llamamiento para romper su cadena».

A esta característica se debe el que la fiesta del trabajo se siga celebrando cada vez con mayor éxito.



En España, la fiesta del 1.º de Mayo es sólo notada por la celebración de algún mitin correcto, ordenado y la clásica jira al campo, porque entre nosotros, pueblo ante todo meridional, predomina la imaginación sobre la inteligencia y nos agradan más los párrafos sonoros de una oración política, que las soluciones numéricas de un problema social.

Esta nuestra excepcional psicología, produce en los de arriba frecuentes equivocaciones, pues en la masa ven con terror el Catón severo, parco en aplauso y pródigo en la censura, en vez de ver un cuerpo sin virtualidad efectiva para determinarse por sí mismo que por esta causa, si no se le encausa, ó se estanca ó se desparrama como el agua de los lagos, y en los de abajo una obsesión india, de luces y colores que tiene el prurito de adornar con vidrios y cintajos políticos, lo que substantivamente es económico y social.

Al programa ya realizado de París, debe seguir otro programa cuyos extremos se dirijan á destruir estos errores de forma, estableciendo corrientes de inteligencia entre cuantos elementos integran la sociedad actual, á fin de que las revoluciones futuras no salgan de la región de las ideas ni se apaguen con sangre, ni se corte su paso con malecones de carne humana, y de este modo, los hijos de los que acordaron y proclamaron la fiesta del trabajo, celebraremos la fiesta de la inteligencia, conmemorando en ella el hecho glorioso de haber fundido las balas en caracteres de imprenta y forjado el acero de las espadas en cinceles que arranquen estatuas á las entrañas de los montes, ó en plumas que elaboren pan intelectual para los pueblos hambrientos.

E. BARRIOBERO Y HERRAN

No basta remover

Los agitadores son hombres utilísimos, los organizadores lo son también en tanto ó en mayor grado; por desgracia, la obra fecunda del progreso, que es el bien, ni para realizarse requiere el concurso de los hombres organizados: más necesario le es el de las conciencias.

Suscitando anhelos, despertando deseos, creando descontentos, el agitador obrero realiza un bien positivo. Dando nexos y coherencia á estas fuerzas, el organizador realiza un bien aún mayor. Mas con ser mucho todo esto, es poco menos que nada si luego—ó antes—no se infunde en las masas la idea de que no tenemos otro redentor que nosotros mismos.

Es decir, que tanto ó más que despertar energías y organizarlas, vale el educarlas.

Pensemos que en Madrid hay actualmente sobre 35.000 hombres organizados para la resistencia, y pensemos asimismo en lo que podría hacerse con esta fuerza y también en lo mucho que se quisiera y no se puede hacer.

¿Por qué?
Como metro de los grados de conciencia de esta masa, podemos tomar el número de afiliados en el Partido Obrero, y cuando contamos muy poco más de un millar, sin que el desaliento ni la desesperanza llenen nuestras almas, comprendemos la enorme labor de educación que aún hay que realizar, tanta, que casi puede decirse que está por iniciar esta fecunda, difícil é ingrata tarea.

Ya sé que las fuerzas afiliadas—que cotizan—en el Partido Obrero no son un patrón exacto, que hay elementos idealmente inscritos en este partido, en el anarquismo, é individuos conscientes y resueltos aun en el puro societarismo. Pero siempre resultará que para cualquier empresa se podrá contar con dos, tres, cuatro mil hombres y una masa de diez, veinte ó treinta mil números. Mejor dicho: que el proletariado organizado de Madrid se compone de cinco mil unidades y de treinta mil ceros, que dan valor á aquéllas.

Si estas fuerzas no pugnasen por una liberación integral, este hecho carecería de importancia; pero como las unidades y los ceros tienen por ideal la plena instauración y el libre desarrollo de la persona, mientras las masas no se conviertan en hombres, mientras no se rediman de la inconsciencia, servirán para la defensa, no para la conquista.

Educad, educad y educad. He aquí la tarea más grande y también, por desgracia, la más descuidada, incluso porque ella requiere vocación de mártir.

Y donde dice Madrid, léase España.

J. J. MORATO

Quieras ó no quieras, será

El vulgarísimo refrán de que «A la fuerza ahorcan» saboréole siempre que se acerca el 1.º de Mayo.

Y es lógico que le recuerde, porque como desde muy poca edad—¡once años!—, á la fuerza estoy produciendo cosas útiles para que otros se refocilen, en tanto los míos y yo ayunos estamos de tan envidiable y humana situación, trabajo cuanto puedo por que tan irritante desigualdad no subsista.

Varios de los que me oyen afirmar que el triunfo de los constantes hambrientos á la vez que hábiles productores de la riqueza se acerca más cuantos más primeros de Mayo pasan, tómanme por monomaniaco, y tratan de curarme relatándome hechos históricos é ingeniosos epigramas, que me producen el efecto contrario del que mis desinteresados y caritativos curanderos se proponen.

Porque ellos, sin duda, ignoran que sus antecesores del año 1890 fueron sorprendidos por una legión de enfermos como yo, que nos fuimos encargando de indicarnos cómo se podía atenuar la enfermedad que padecíamos, si no querían sufrir otra más grave que pusiera en peligro la suculenta puchera que á dos carrillos venían ha tiempo saboreando.

Ante tal advertencia, algunos estudiaron la enfermedad, y como del estudio dedujeron que muchos de aquellos desequilibrados podían ser tan doctores como ellos, se apresuraron á poner en conocimiento de su ama, la Burguesía, el peligro que corría, aconsejándola que era conveniente aplicar unos paliativos á tales enfermos para que, en tanto les duraba el agradecimiento, no intentasen soliviantar su tranquila vida con nuevas manifestaciones de enfermo mal atendido.

Y anareció la ley de accidentes del trabajo, la de regularización del trabajo de la mujer y del niño, la limitación de la jornada de trabajo á ocho horas para buen número de obreros empleados en el Estado, la provincia y el Municipio, y otros remedios que anulaban un algo los efectos que la explotación diaria nos producía.

Que sus pronósticos resultaron fallidos, demuéstralo el hecho de que cada 1.º de Mayo aumentase el número de los que creyeron alucinados, porque éstos, aunque poco á poco, van viendo que sólo la clase á que pertenecen es la que posee la panacea que curará todas sus desdichas.

Esfuércense cuanto quieran los voceros asalariados de la clase burguesa para hacer creer á sus amos que el 1.º de Mayo no tiene importancia y que la organización económica y política presente continuará por los siglos de los siglos, que yo, más honrado que ellos, les doy la voz de alarma y les digo:

Así como es cierto que Lucio Junio destronó á Tarquino el Soberbio y estableció una República, cierto es que la clase que celebra el 1.º de Mayo os destronará á vosotros y sobre las ruinas de vuestros tronos cimentará la futura sociedad en que el amor, la ciencia y la justicia gobierne, impidiendo que puedan ser verdades escueltas proverbios tan salvajes como el de que «A la fuerza ahorcan».

Pablo GERMENO

28 Abril 1911.

El apóstol Santiago (q. e. p. d.) se lleva del presupuesto de la nación todos los años 12.318 pesetas, y, mientras tanto, hay muchos maestros de escuela que no perciben sus sueldos.

UN AUILLIDO

¡1.º de Mayo, cuánto confortas mi entristecido espíritu! Yo, que por naturaleza soy apasionado, si no lo sería por reflexión, estoy alicaído, consternado, abatido, triste. ¿Por qué? Porque veo el servilismo de esta—¿cómo llamarla?—inmunda clase media en que nací. Hemos nacido para esclavos; procuramos serlo, y, naturalmente, lo conseguimos.

Es nuestro sueldo tan mezquino como el del obrero y nuestra representación como la del aristócrata. Se nos ve con exóticos gabanes, enchisterados á veces, con buenos trajes y calzados, finas corbatas; vamos en coche á ratos; gastamos en hoteles y cafés mucha plata (como dicen los americanos), y todo ello porque nos obliga el medio ambiente, la representación que ostentamos y las ridiculeces y preocupaciones de que estamos llenos.

En el fondo de nuestros espíritus protestamos todos, todos somos algo ácratas á ratos; pero nos pasa lo que á aquellos enamorados que por exceso de amor no se atreven á declararlo. Somos el vil esclavo que se arrastra y besa la mano que le azota con la fusta. Todo se comprende, todo, menos una huelga de tenedores de libros ó de redactores de un periódico ó de escribientes á máquina. ¿Cuándo les visteis demandar las horas legales de trabajo? ¿Cuándo revolverse airados contra el burgués que les explota?

Vivimos muriéndonos; nuestras casas son mezquinas é infectas; nuestra alimentación es lo menos alimenticia posible; pero en cambio, ¡qué hermoso es el último traje que estrenamos!

¿Cuándo llegará la hora en que, convencidos de nuestra esclavitud, nos rebelamos, de que sigamos el ejemplo que vosotros los obreros de blusa nos dais; que dejemos de ser esclavos y rompamos las cadenas que nos aprisionan, y conquistemos los pristinos derechos del hombre: el de la vida, el del amor?

Convenzámonos, rompamos, avasallemos, destruyamos, aprendamos la lección que en este día hermoso nos dan nuestros hermanos, nuestros compañeros, los que únicamente deben de ser nuestros amigos, los nobles, los hidalgos, los honrados obreros de la blusa.

¡1.º de Mayo, cuánto confortas mi entristecido espíritu!

Tomás GUTIERREZ LARRAYA

El hombre superior se affige de su impotencia; mas no se affige de vivir ignorado y desconocido de los hombres.

CONFUCIO

¿Serán capitalistas?

Cuando organizada, todos los años, la manifestación del 1.º de Mayo, me fijo en la doble fila de curiosos que nos contemplan impasibles, me pregunto: ¿serán todos esos ciudadanos capitalistas?, ¿sus necesidades las tendrán resueltas?, ¿no tendrán nada que reclamar? Para no incurrir nuevamente en esas dudas, les voy á preguntar á esa legión de obreros que están parados:

No sumándoos á los vuestros, no engrosando las filas de los que vamos á protestar de la mala conducta de nuestros gobernantes, permaneciendo parados, no ingresando en el gran ejército del proletariado, mostrándoos indiferentes y cobardes, ¿creéis que podremos lamentarnos de la mala administración que padecemos? ¿Es que estáis satisfechos con vuestra suerte, no tenéis hijos á quien defender, es que estáis conformes con que siga la explotación del hombre por el hombre, olvidáis que á la guerra sólo son llamados los hijos de los pobres? Si así lo creéis continuad en vuestra actitud; pero si, por el contrario, sentís deseos de redención, si aspiráis á una sociedad más humanitaria y justiciera, abandonad vuestra actitud, uníos á los que andamos; el parado no produce, el obrero debe mirar al porvenir, hay que esperar andando; quien piense lo contrario no merece el calificativo de hombre, merece el de bestia.

Narciso HEREDERO

30 Abril 1911.

Libertad y trabajo

En medio de la decadencia española, de las tinieblas en que marchamos, apuntan aquí y allá rayos de luz, nuncios de amanecer cercano. Sigo creyendo en la vitalidad de España. Su pulso late, para quien sabe encontrarlo, y el infortunio no ha abatido su vigoroso corazón.

Verdad que las clases directivas han fracasado. La masa popular está sana y robusta. Hubo un tiempo en que el pueblo, embrutecido por el despotismo, gritaba: «¡Vivan las cadenas!» Frente de esa idiotez de las muchedumbres, no imputable a ellas, sino a sus educadores, levantábase clases directoras cultas, liberales, expansivas, civilizadas. Aristocracia, clero, magistratura, literatos, militares, comerciantes, sentían el influjo de Europa y formaban la opinión que veía con gusto la irrupción de ideas modernas y revolucionarias en las costumbres y las leyes nacionales.

Por eso Fernando VII halagaba al populacho y perseguía a sangre y fuego a los directores liberales de la opinión. Cerraba universidades, creaba escuelas de tauromaquia, y en la intimidad departía complacido con la hampa popular.

La España contemporánea ha ido modificando su histórica complejidad, y en la actualidad sucede precisamente todo lo contrario de hace noventa años. Los que gritan «¡Vivan las cadenas!» son los representantes de las clases directoras. Los que gritan «¡Viva la libertad!» son los hombres del pueblo.

De día en día, gran parte de nuestras clases directoras se ha ido inclinando a la reacción. Satisfechos en sus concupiscencias por la adquisición de grandes fortunas, los nietos de aquellos varones que conspiraban contra el régimen despótico y teocrático, hoy apoyan toda idea medioeval y absolutista.

Y en cambio el pueblo, que adoraba el despotismo, es ya el depositario de todas las ideas liberales, y trabaja y se une en grandes masas de proletarios que defienden su derecho a la vida, a la libertad y al progreso.

Las altas clases son monárquicas; el pueblo, republicano; aquéllas, individualistas; éste, socialista. La aristocracia se une en cofradías; el pueblo, en corporaciones obreras. No obstante la general ignorancia, libros y periódicos radicales se propagan. Los autores favoritos del pueblo son los revolucionarios. No se atreven los monárquicos a convocar al pueblo, que acude a oír a los oradores republicanos y aun anarquistas, aclamándoles entusiasta.

El movimiento obrero es formidable. Los humildes trabajadores representan hoy la causa de la justicia y de la civilización. Frente del mundo antiguo, son ellos los que proclaman la libertad de conciencia, la paz universal, el pan y la escuela, la santidad de la mujer y del niño, el derecho al trabajo.

Las imponentes manifestaciones obreras del 1.º de Mayo dan idea de que una nueva fuerza social surge a la vida y reclama sus derechos, fundándose en el voto de los más, y lo que es más importante, en el voto de los mejores.

Las clases directoras están de momento mejor dotadas, a causa de una cultura superior transmitida por la herencia. Como consecuencia de esa superioridad, acumulan en ellas los medios más poderosos de acción: el gobierno, el capital, la represión jurídica, la influencia religiosa, la fuerza armada.

Pero el elemento moral, el resorte ético resulta desgastado en esas clases, en tanto actúa enérgicamente en las clases obreras, lo cual les otorga un poder de cuya eficacia no cabe dudar. En las luchas de la humanidad por la existencia, triunfan primero los más fuertes; después, los más inteligentes, y por último, los más morales.

Un espiritualismo trascendental se exhala del alma obrera, constituyéndola virtualmente en tribunal supremo de opinión sobre las clases hasta ahora soberanas del mundo.

Así hemos visto no hace muchos años que, en tanto por la posesión de tierras incultas y casi polares, allá, en Extremo Oriente, combatían y morían millares de hombres, los socialistas japoneses, obreros de raza que consideramos inferior a la

nuestra, sin temor a las venganzas del poder, y desafiando a la opinión de la mayoría de sus conciudadanos, declaraban que aquella lucha era inicua.

Y de otro lado, entonces, un ruso, Kropotkin, afirmaba que toda guerra es un mal, tanto si concluye con una victoria, como con una derrota; un mal para los combatientes y un mal para los neutros. No creía en las guerras benéficas. Condenaba las conquistas rusas inspiradas por la rapacidad sanguinaria.

¿No es verdad que esas voces, que cambian un saludo de un extremo al otro del viejo mundo, desde el Japón a Inglaterra, y unen en abrazo fraternal el alma rusa y el alma japonesa, por encima de las tonantes escuadras y los feroces ejércitos, son clamores de civilización que amanece, señales de una poderosa encarnación del Mesías, para realizar un intento más en pro del mejoramiento de los hombres, del imperio de la justicia, de la libertad, del progreso y de la paz universal?

Hay algo de enternecedor y de hondamente moral en la aspiración humanitaria de las clases humildes, desvalidas e ignorantes, que profesan ideales reveladores de una cultura que no es la de su tiempo, que se anticipan algunos siglos en la obra del progreso, que predicán doctrinas de gran valor ético sin la sabiduría de Sócrates, sin la corona de Marco Aurelio.

Contrasta esa generosa y altruista actitud con la de las clases que disponen del mundo, que por codicias imperialistas no vacilan en turbar la majestad del mar y de la tierra con el estruendo de sus cañones y el destructor avance de sus soldados.

Y es bien extraño que las alianzas de los Estados, fraguadas, según dicen, para mantener la paz, acaben siempre por producir las guerras, en tanto que la Internacional de Trabajadores, en lucha con la vieja sociedad, tiende a establecer el imperio de la paz.

Entre el mundo nuevo y el antiguo sabemos de parte de quién está el poder; pero cabe preguntar de parte de quién está la justicia y la razón. Entre la Internacional de los Estados y la Internacional de los Trabajadores tendrá que decidirse algún día la suerte de la humanidad. Los hombres de la reacción desafían y provocan el choque de las dos fuerzas. Los hombres de la libertad y de progreso aspiramos a la transacción y la armonía.

Corren un riesgo grave las clases obreras: el de llegar al Poder, que tiende fatalmente al despotismo. Es muy fácil que el amor indefinido y vago a la humanidad bore los sentimientos patrióticos; que el desarme de unas naciones despierte el espíritu conquistador de otras, riesgo contra el cual reacciona el socialismo francés, que ha presentado, por medio de Jaurés, un plan completo de organización militar. A evitar esos extremos debe encaminarse la labor de los estadistas, en medio del hervor de la controversia y de la lucha, levantando la bandera de Libertad y Trabajo.

Rafael GINARD

Las legiones de los cuerdos

Celebrábase en París una gran Parada militar para que el emperador revistara aquellas legiones que, guiadas por su ambición, habían de recorrer triunfalmente la Europa. El espectáculo era siniestramente sugestivo. Ondulaban al viento cien banderas, relinchaban inquietos los caballos, las músicas batían marchas al paso del emperador y el sol descomponía sus rayos en mil chispas de fuego al chocar en armas, cascos y corazas.

Josefina, que presenciaba el solemne acto, exclamó con la voz velada por la emoción:—¡Si todos estos hombres se volvieran locos!... ¡Qué cosa más horrible!— No temáis, mi querida Josefina—le contestó Bonaparte—; horrible sería si se volvieran cuerdos, que locos ya lo están.

¡Verdad es que estaban locos! Pero aquellos locos difundieron por Europa el espíritu de la Revolución francesa y, gracias al impulso que ellos le dieron, la humanidad marcha, mal que le pese, por el camino de la libertad y de la civilización.

De entonces a la fecha median muchos años y la humanidad, falta de fuerza im-

pulsiva, parece que empieza a detenerse. El hecho, sin embargo, es más aparente que real.

Las sociedades, como los ejércitos, tienen su impedimenta, con la diferencia de que en éstos, la impedimenta se mueve en combinación con las necesidades de la vanguardia, mientras que en aquéllas ocurre todo lo contrario. Las guerrillas avanzan incesantemente, en tanto que todo ese bagaje de tradiciones, prejuicios, intereses creados, etcétera, permanece inactivo, refractario a toda evolución y a toda transformación. Y esa impedimenta es la que ya se niega a seguir caminando, convencida, quizá, de que en la marcha encontrará la muerte.

Para ponerse en movimiento necesita un empujón soberano, y de dársele se encargan esas legiones de cuerdos que el 1.º de Mayo pasan en manifestación pacífica por las calles de las grandes ciudades haciendo discreta ostentación de su fuerza.

Los locos de Napoleón pusieron a Europa en posesión de las libertades políticas; los cuerdos de Marx, de Tolstói, de Kropotkin conquistaron para los hombres las libertades económicas. Ellos no necesitan emperadores que los arenguen porque reciben las exhortaciones de su propia conciencia que los estimula a luchar; ellos no han menester de instrumentos que siembren muerte, porque su propósito es embellecer la vida; ellos no ansían recompensas, porque no piensan recoger botín.

Ganarán batallas sin causar víctimas y su perdón compasivo será lo único que pueda purificar el alma de esta católica sociedad, que de otra manera no encontraría purgatorio a propósito para limpiarse de esos terribles pecados cuyo origen es imposible fijar porque se pierde en la lejanía de los tiempos.

Enrique BAREA

Ir contra la religión es ir contra el error, librar la más grande campaña por la emancipación del pensamiento humano: libertad del alma y libertad del cuerpo; libertad del pensamiento y libertad de acción; y así en pos del glorioso porvenir, haciendo luz en el antro pavoroso, clareando el camino de las libertades.

SCHOPENHAUER

TODO INÚTIL

Por más que recurran los enemigos del socialismo a los peores medios para atajar a éste en su avance, nada adelantarán.

Ni el sofisma, ni la arbitrariedad, ni la prisión, ni la misma muerte impedirán que las ideas emancipadoras, divulgándose y extendiéndose constantemente, se apoderen del cerebro de los explotados y hagan de ellos denodados luchadores contra el régimen patronal.

Tampoco podrán evitar los defensores de éste que las instituciones sobre que el mismo descansa se desacrediten cada vez más y marchen velozmente a su ruina.

El gusano de la muerte, que ha invadido al capitalismo y que hace en él fuertes estragos, ha penetrado también en sus instituciones. Todas flojean, todas han perdido el vigor que en otros tiempos tuvieron, y por más esfuerzos que hacen para recuperarle, no lo consiguen.

La sociedad burguesa entera se bambolea, y abajo se vendrá irremisiblemente a la primera formidable acometida que la dé el socialismo.

Si contra éste es inútil cuanto se intenta, inútil es también lo que se haga para mantener el predominio de los que explotan a sus semejantes.

Pablo IGLESIAS

Rogamos a todos los señores que nos honran enviándonos espontáneamente originales, que a fin de publicarlos, como es nuestro deseo, procuren reducirlos cuanto les sea posible, pues de lo contrario, con gran sentimiento nuestro, nos veremos obligados a prescindir de su publicación.

A los que tengan admitidos artículos les suplicamos que no se impacienten, pues éstos se insertan por riguroso turno de antigüedad.

LA REVOLUCIÓN ¿ES NECESARIA?

(CONTINUACIÓN)

vicios del sedentarismo

Dos magníficos libros, felizmente muy conocidos, *Juventud*, de Wagner, y *El carácter*, de Samuel Smiles, ponen de relieve generalizando lo que yo me atrevo a decir aquí, circunscribiendo.

Nuestra juventud es un amasijo horrendo de alguna que otra buena intención y muchísimos malos deseos. Sin conocer los libros del lord feliz, comprende la vida como una vasta alegría y continúa la tristeza de la especulación con la impotencia y el fracaso. Sin duda estudia, pero sus iratos españoles. Tratando a esos jóvenes como yo les trato, con verdadero amor, encuentro en ellos dos vicios fundamentales: el sedentarismo y el descoco. Comprenden perfectamente la situación anómala de su patria y se alzan de hombros; algunos esperan, desde el lugar de unas oposiciones ganadas, hacer algo por el Estado; otros no ocultan su bárbaro pesimismo. Y cuando se les interroga acerca del espíritu de Europa, después de los diatribas de rigor, exponen su opinión española de una completa imposibilidad de regeneración. ¿Por qué? «MUY SENCILLO—dice—; NO HAY ORGANISMO QUE NO ESTE PODRIDO HASTA EN SUS RAÍCES.» Los grupos que forman en el café se destacan siempre con una idea muy triste del poder de su patria y de la encrucijada rotunda de una intervención juvenil. Expiandoles en esas penas, a través de una cultura lúcil, se ve la horrible sequedad de corazón, y como producto de sus estudios sociales os demuestran que, dada la torzosa lentitud del cultivo en las inteligencias, el único bien que podrán hacer a su patria es defenderla del egoísmo avasallador de la mayoría universal. Y aquí os entonan un himno a la bandera de los buques mercantes con sus utopías consagradas, venerando tópicos que hablan de proyeccionismos muy semejantes a la Aduana aquella tan magistralmente descrita por Larra en su artículo celebre: *Nadie puse sin hablar al portero*.

La proporción entre nuestras inteligencias juveniles es parecida a esta fórmula: *El trabajo es a la desilusión como la práctica al ensueño*. Parte de esa juventud se agota por incapacidad de amar, y la otra parte se sumerge en la vida brava, es decir, en esa existencia llamada tumultuosa, no por sus tempestades espirituales, sino por el vaivén hediondo que les hace vomitar lo poco que asimilaron en las cátedras. Un viento de lujuria trastorna sus cerebros. La prostituta les es tan necesaria, que consume las dos terceras partes de su exiguo presupuesto. Difícilmente encontraréis un grupo de jóvenes españoles donde no se hable de porquerías, disfrazadas de altas virtudes de hombría. No exagero, dibujo á grandes trazos la realidad. Y ésta es mucho más inmundada.

Si algún nuevo Diablo Cojuelo alzara á los de la madrugada los tejados de Madrid, hallaría muy pocos jóvenes estudiando, y la mayor parte, en las casas de lenocinio. Nada les convence. Se hastian de hablar de cosas profundas, de cosas que interesan al bien común. Su corazón les niega las grandes virtudes teológicas y la brama de la bestia engorda en ellos con succiones de ideal puro. Este les amarga, y si encuentran á un hombre generoso, le burlan y acorralan. Nada más bajo y soez que ese fatal modo de ser de nuestra juventud cuando ridiculiza al joven abnegado. Incapaces del heroísmo civil, del sacrificio y de la renunciación á las pasiones del vientre ó la vejiga, satisfacen su envidia y su perversidad moral poniendo en tela de juicio el del joven que manda al cerebro los jugos que ellos vierten por sus testículos. Su ideal del hombre es un enorme falo colgante; su concepto de la realidad, el absurdo de la moneda adquirida por cualquier fin, cuanto más subterráneo, mejor. Son así, y no pinto en ellos nada que les sea ajeno. Porque les amo, hablo con esta crudeza, impropia del asunto. Pero debes agradecerme, Pueblo, que te hable así, como un médico, como aquel doctor que, consultado por una desposada, escrupulosa

y beata, acerca de las virtudes conyugales, la dijo con suprema y leal valentía: «*Dejaos de LA PERFECTA CASADA, ni de otro libro ó manual; cuando el amor de vuestro marido ó vuestra propia naturaleza os solicite, quitáros la camisa y con ella el pudor; pero volved á tomar este con aquella.*»

De Goethe á Tolstói

España no ha producido aún el verdadero joven de genio. España no ha engendrado aún la generación de jóvenes salvadora, algo semejante á aquella francesa del 30, cuyos cráneos melancólicos, luego famosos, vemos hoy con envidia en la estampa de blaas; algo semejante á la que en el espacio de veintidós años convirtió el Imperio del Sol naciente en el Japón, vencedor de Muckden y de Thusima; algo semejante á la generación estudiantil de Heidelberg, que provocara la revolución del 40 en Alemania, y los discursos de Fichte, y que vertiera en realidad la poesía revolucionaria de Schiller. España es estéril como una ramera. España crea jóvenes sin cráneo, pero de sacro é iliacos amplios. España pare al torero, no al héroe civil, al joven representativo, al nombre simbólico. España aborta hombres audaces, no hombres inteligentes. Puede darse un *Lerroux*, pero no un *Bismarck*. Puede darse un *Ferrer*, pero no un *Börne*. Puede darse un *Espronceda*, pero no un *Köernerr*.

Hay en la mentalidad española una enfermedad terrible. Si fuera posible sembrar en ella simientes de Goethe, nos producirían un *Lagaritjo*.

Y esa enfermedad, que parece incurable, la demuestran nuestros jóvenes con su infecundidad. Mentalmente son híbridos. Conozco á todos los jóvenes de porvenir, y puedo asegurar que, sin un taumaturgo providencial, su obra será de la mayor insustancialidad y monotonía. Hay jóvenes de verdadero talento. Pero si pregunto á Insúa: «¿Por qué tú, que tienes tan hermosas facultades de narrador, las empleas en novelar licenciosamente?...», me enviará sus padrinos. Y si pregunto á Marquina, que dirigió *España Nueva*: «¿Por qué tú, que has escrito palabras de libertad, lees en los salones regios poesías como *El jugar?*...», me creera loco. Y si pregunto á Andrés G. Blanco: «¿Por qué tú, que sabes tanto, empleas tu cultura incomparable en alabar las medianías?...», me confundirá con ellas y me escribirá un elogio documentado. Y si pregunto...

Todo, todo es así. Tú, Pueblo mío, buscas libertadores, y esos jóvenes, cuya educación tú has pagado, se burlan donosamente, gentilmente, de los *genios populares*, y no hay círculo conservador y liberal de jóvenes que no te crea, como Horacio—*utpote parvus, frugis, castusque, verecundusque*—, todavía un niño vergonzoso, al que es preciso tratar con los nombres consagrados de populacho, plebe, vulgo, muchedumbre. Pero tú, Pueblo, debes dar á esas juventudes, incluyendo en ellas á las republicanas: «¿Dónde tenéis un Goethe, dónde un Tolstói?...» Y debes añadir, para confusión suya: «¿Dónde poseéis siquiera alguna de esas inteligencias que entre los dos genios seculares han conseguido brillar con luz propia de 1832 á 1910?» Y estoy seguro que te opondrán Zorrilla á Victor Hugo, Espronceda á Baudelaire, Balmes á Kant, el P. Ceferino á Renán.....

Lena, Pueblo mío, esas filas de puntos, como yo, con un deseo infinito de hombres geniales, de jóvenes de genio; pero yo sé muy bien que no existen, que España se pudre porque no puede engendrar otra cosa que muy medianas medianías, inteligencias infladas de talento y orgullo á partes iguales, inteligencias cuya única labor comprobada es poner obstáculos en el horizonte y barreras, y traer, veces y veces, á su Pueblo al buen D. Alonso Quijano, bajo pretexto de amor á la vida del hidalgo generoso.—TOLSTOI... GOETHE.— He ahí un abismo entre los dos nombres. Y tú, Pueblo mío, si quisieras enorgullecerte de ser europeo, no podrías arrojar á la sima abierta entre esos dos nombres otra cosa que varones más ó menos, me-

nos ó más útiles ó buenos, pero cuyo talento no pasó las fronteras. Todos los gigantescos esfuerzos de D. Marcelino Menéndez y Pelayo no han conseguido fundar la *Ciencia española*.—GOETHE... TOLSTOI.— He ahí la vergüenza. ¿Y todavía me preguntan esos mismos jóvenes si es necesaria la Revolución? ¿Y todavía se enfadan cuando, sangrando por todas las heridas abiertas en mi corazón de niño, les demuestro que sin cambiar radicalmente las cosas no veremos auroras boreales?

Y aquí, Pueblo mío, si en vez de hablarte á ti, dulce y llanamente, hablara á los *intelectuales*, traería á colación párrafos enteros acerca de la función orgánica de la Naturaleza y condiciones en que crea los hombres de genio, transcritos de Goethe, de un libro de Eckermann, en el que reuní las conversaciones del coloso en los últimos años de su vida; de 1822 á 1832.

Mas hemos necesidad de lugar y habemos de emplear el papel en llenarlo con amargas quejas de casa.

El maestro de escuela

Los jóvenes del 98, que tantas lanzas rompieron por la cultura, que *descubrieron* nombres como el de Baltasar Gracián, grato á Schopenhauer, que tanto protestaron contra los lugares comunes y entronizaron á Unamuno para olvidarle luego y auscultarle, esos jóvenes no debían oír la voz de Costa, que por aquellos días fulguraba como hilo metálico de lángo ceita. No querían oírle. Todos juntos no equivalían á aquel cráneo cuadrado, de excéntrico pragmatismo, barbado y duro. Silenciosamente el aragonés había reunido materiales que hoy valen un tesoro y que esos jóvenes no quisieron emplear entonces. No quisieron, y la República, preconizada por Costa, como único recurso de salvación, no se alzó, entonces que doscientos mil jóvenes, enfermos y desengañados, desembarcaban en los puertos, cuando la estatística arrojaba á la plaza de Oriente once millones y medio de españoles alfabetos. Para ellos, muy enfascados con la República de Platón y los *Discursos de la nación alemana*, no existía la España de Costa, que, como ejemplar de León, era admirable, pero que sin duda alguna no lo era tanto como lipo de pensador.

Estaba en moda entonces la palabra *pensador*, como hoy lo está el vocablo *intelectual*. Y el *pensador* buscaba en los abandonados crisoles de los alquimistas la piedra filosofal: el oro. Fue entonces cuando las paradojas de Unamuno hacían coerse más depreisa los garbanzos en el puchero de los *intelectuales* españoles. Hubo hasta su conato de insubordinación. Mas pasó aquel bienaventurado día en que un oficial del ejército, escribiendo en las butacas, hizo hablar mansamente en la Zarzuela al profesor rebelde. Y los *pensadores* convinieron en lo de siempre. ¿Sabes en qué? Escucha, pobre, desgraciadísimo Pueblo: convinieron en que tú tenías la culpa; tú eras el incorregible, tú el sin pulso, tú el cobarde, tú el eunuco. Por lo tanto, era preciso abandonarte. Y Pío Baroja se dedicó á leer en tu psicología como un Tacqueray. Y *Azorín* ofreció su péñola á Maquiavelo. Y Ramiro de Maeztu emigró á Londres.

Y... el maestro de escuela cobraba entretanto tarde, lo que es nunca; y poco, lo que siempre es cobrar tarde. Los niños podían educarse solos si querían. Si deseaban maestros, habían precisión de estudiar con frailes ó con textos, lo que es incomparablemente peor. Había entonces pilas de agua bendita en las puertas de las Bibliotecas y se entraba en ellas á rezar ante ídolos canonizados. Y el maestro, el que venció el 70, el que era *rey de hecho* de la civilización, el que con Pestalozzi y Froebel habían inaugurado un nuevo género de santidad moderna, el maestro español se moría de hambre. Un capitán general—título honorífico—cobraba treinta mil pesetas, cuarenta mil el Primado de Toledo, cerca de veinte mil diarias el Rey. Y el maestro de escuela, para cobrar quinientas, tenía que hacer los siguientes juegos malabares: bailar como Blondín en una cuerda tendida desde el ministro hasta el cacique, jugar en la barra fija de todas las más denigrantes humillaciones y votar un crédito suplementario para una bandeja de plata repujada, en la que constase el eterno agradecimiento al cacique,

porque se había tomado la molestia de ocuparse de unas tan insignificantes personas como son los maestros.

¡Claro es, los niños pagaban y no se comían el pato; el pato era la enseñanza. Y se pudo escribir entonces aquella frase: «Por quinientas pesetas que se cobran, algunas veces, podemos enseñar alguna otra cosa que la Historia de España?» Y aquella otra más terrible, de supremo sarcasmo é impiedad, la de Rubén Darío: «Los maestros no comen y lo merecen.»

Los jóvenes del 98, los ex revolucionarios de hoy, los futuros candidatos á los altos puestos del Estado, seguran su camino triunfal. ¿No te acuerdas, Pueblo? Pues mira en torno tuyo. Todo es igual; no hay ayer. El teatro es todavía plantel de inmundicias; todavía los domingos vas á dar tu escaso dinero por que te rasquen los riñones ó las plantas de los pies. Todavía puedes, si lo quieres y pagas, ver tu retrato en esos escenarios; tu verdadero retrato, Pueblo. Y hay más. Tu mejor novelista y artífice de la palabra, Vane Inclin, es hoy carlista—como Salaberry, aquel joven á quien oí yo en el Ateneo el panegírico de un acto canalla y execrable—. ¿No te acuerdas? Hablo de aquel regalo de la corona al icono del Pilar, corona que valía muchos miles de pesetas, que la necesidad amortizaba sobre la cabeza de la mujer que concibió en su vientre al mayor revolucionario. ¡Soberbio homenaje!...

Y el maestro, frotándose las manos de gusto, continuaba enseñando á sus discípulos aquella magnífica lección de historia que empieza: «Prim ofreció el Trono vacante de España á varios príncipes de Europa, que no lo quisieron... Entonces acudió á la casa de Saboya y propuso á...»

Escuadra en marcha

Por eso yo pregunto á nuestros buenos y sesudos intelectuales: ¿Estamos en condiciones de ofrecer al Pueblo maravillas, ó queremos que el Pueblo nos las ofrezca? Y si, como parece evidente, la contestación es negativa en los dos casos, resulta que el Pueblo por su parte, y los intelectuales por la suya, han de buscar la solución de sus problemas respectivos en una forma de gobierno que les dé suficientes garantías de libertad—libertinaje, el Pueblo y los jóvenes lo poseen ya en cantidades pasmosas—. Esta libertad en nada se parece á aquella entelequia tan zarandeada, encasquetada con el fúnebre morrión de la guardia ciudadana. Esta libertad no vocifera en las plazas, ni pisa las tabernas, ni habla en los mítines. Esta libertad, ni es liberal, ni conservadora. Esta libertad no ha cometido crimen alguno, ni algún delito de coacción. Es sencillamente libertad, es la palabra libre generalizada, es la ley hecha abstracción y espíritu con su igualdad divina, con su imperio mudo en las conciencias. Y para detenerla no es necesario, Pueblo mío, como esos intelectuales quieren, saber que Kant hizo la *Crítica de la razón pura*, echándola á perder con la *Crítica de la razón práctica*, ni es necesario aprenderse la *Fenomenología*, de Hegel, ó *Parerga y Paralipómenos*, de Schopenhauer, ó *La genealogía de la Moral*, de Nietzsche, ó el *Monismo*, de Hückel. Y no es necesario, porque si bien se mira todo eso, dada su ineficacia en las almas intelectuales, no tiene más importancia que la célebre negación de San Pedro ó el aserto de Owen cuando afirmaba radicar exclusivamente toda diferencia entre el hombre y el mono en la manera de apoyar éste el dedo gordo del pie derecho.

¿No es verdad, Pueblo, que de nada servirá que te aprendas de memoria el famoso *Así hablaba Zarathustra*, cuando en las almas de los intelectuales no ha dejado el gran solitario otra huella que ese anagrama del buen Zoroastro el filósofo? ¿No es verdad, Pueblo, que si los mismos intelectuales no se mueven á bondad de corazón es vano de toda vanidad que te recomienden leer el Código de Manú, y aun que te expliquen la semejanza de sus leyes con las parábolas de Jesús?... Si yo te digo, Pueblo mío, como el *Ramayana*: «*Sé como el cýtiso que perfuma el hacha que le corta*», y ves en mi mano el hacha, ¿serás capaz de creerme? Necio serías, no justo. Pues así ratiocinan los pensadores del 98 y los intelectuales del 11. Es como si yo dijera á D. Alfonso XIII de Borbón: «Su majestad sería un buen rey si leyera el

capítulo IX del libro de Guevara, *Menos precio de corte y alabanza de aldea*.» ¿Qué diablos le iba á decir aquel lacónico apotegma lacedemonio: *que en las cortes de los príncipes son muy pocos los que medran y muchos los que se pierden*?... Seguramente seguiría cazando como si tal cosa.

No está el remedio en decir al Pueblo: «¿Conoces la *Psicología de los pueblos europeos*, de Fouillée, y su capítulo acerca de ti? Pues allí te pone como un trapo.» Está en decirle: «*Como hace diez años estudio que debes marchar por el océano tempestuoso de la vida moderna, con la homogeneidad de una escuadra de guerra, te voy á dar, FORMULADA Á TU ALCANCE, esa HOMOGENEIDAD.*»

El lord del Almirantazgo decide construir un acorazado. El ingeniero trae los planes, y en el plazo de un año, el formidable buque navega. ¿Bogaría si el lord y el ingeniero se entretuvieran en hablar de aquel barquito de Papin que hacía reír á Napoleón y los parisienses hacia el 1807, ó discutieran la imperfección del primer buque acorazado ideado por Dupuy de Lôme?... Ciertamente que sin la caldera de la nave de Fulton hoy no podrían las turbinas desplazar setenta mil caballos de fuerza; pero más cierto es que no se construyen pensando en esa diferencia casi absurda.

Si el Pueblo debe marchar á su perfección moral, que entraña la material, como una escuadra en alta mar, el Pueblo necesita conocer en qué radica el secreto de esa homogeneidad que es su fuerza. Lo contrario es muy parecido á un ingeniero del Estado que llegó á cierto pueblo para colocar el alumbrado, y en vez de erigir en las calles los mocheros de gas pobre, pasó el tiempo en darles conferencias acerca de su autor, Felipe Lambón. Y claro es que, á la salida de la última de las conferencias famosas, por no haber luz, se rompió una pierna. Pueblo, ¿no te es más conveniente poseer un *quinqué* que saber el nombre de su inventor *Quinquets*? ¿No te defiendes mejor de una agresión con un *revólver* que con la idea de que el inventor fué un norteamericano apellidado así?...

Valor actual de la tierra

La revolución sorda de Lloyd George en los inmensos presupuestos de Inglaterra, revolución genialísima, cuya incubación pertenece al apóstol norteamericano Henry George, viene ahora á mi pensamiento entristecido. Cuando me preguntan los intelectuales: «Pero, ¿la Revolución es necesaria?...», la pena me ahoga y prorrumpo en imprecaciones cuyo rimbeco es siempre éste: «Y aunque no hubiera otra razón que el absurdo valor español de la tierra, ¿no sería argumento suficiente para la revolución?»

Y les acuso de no tener genio y crear un nuevo libro parecido al de George el santo. Y les acuso de no evitar ese tristísimo concepto de la tierra que tiene el Pueblo en mi Patria. Y me digo: ¿pero será verdad que Grandmontagne y Argente, que tanto saben de estas materias, creen que sin la Revolución el Pueblo se haría cargo? Sencillamente encantadores son los artículos de esos dos hombres; parece que hablan desde otro planeta, las denuncias que hacen son espantosas, increíbles sus facilísimos y profundos alegatos, formidable su cultura de cifras; y el Pueblo sin enterarse. Y no se entera porque, aunque parezca mentira, al Pueblo se le deben dar hechas, realizadas, esas sumas de bienes. Además, todas las ideas georgianas acerca de la tierra son hondamente revolucionarias en sí mismas y traen el cambio absoluto de las viejas y clásicas *Economías*, que, desde la famosa de Smith, *infectaban* el mundo. Además, han dado al socialismo un arma tan grandiosa, que sin los arbitrajes—*Martens—La Haya—Juan de Bloch*—sería el triunfo más grande de la Democracia.

Yo, que sigo paso á paso la labor de los propagandistas republicanos, me admiro de que rehuyan hablar de estas cosas. Escucha, Pueblo mío. Si un apóstol te dijera: «Toda tu MISERIA CONSISTE EN QUE EL ESTADO NO QUIERE QUE SEPAS EL VERDADERO VALOR DE LA TIERRA», ¿le creerías? Y, sin embargo, así es. ¿Cómo habías de permitir un catastro parcelario, una ley de Registros de propiedad, esas ocultaciones de la riqueza, esas valoraciones caprichosas,

esas leyes de colonización interior, esos Pósitos rudimentarios, los impuestos territoriales, las delimitaciones y esas raras y curiosísimas intromisiones del Estado y los abogados en las tierras; cómo habías de permitir estas flojeces si supieras que la tierra es tuya, ó, mejor dicho, que al no ser de persona alguna lo es de todos? No te alegrarán los demás otras razones que aquellas de *La isla de los pingüinos*, donde Anatole France se burla con risa sublime de los orígenes de la idea *riqueza y propiedad*. Y si las alegraran, podrías rebatirlas, comprendiendo que, según el absurdo valor dado á la tierra en nuestra Patria, nuestros colonos emigran en número de doscientos mil á los países donde no hay tales horrores, comprendiendo que nuestros campos cultivados son una parte pequeñísima de las hectáreas laborables, y que ese valor de la tierra oculta los fraudes más tremendos y es la causa de la desnivelación de los presupuestos y el crecimiento de los Bancos, pulpos cuya tiranía cada vez se patentiza más, sobre todo en el nuestro, monstruoso falansterio, guarida de ilustres viejas millonarias y Congregaciones y Fundaciones, sin verdadero arraigo en el país y con una constitución interior tan sutil que vive en perpetua alarma y es el primer ocultador de la riqueza al no gobernarse por sí propio y necesitar de una tutela del Estado verdaderamente infamante.

El valor actual de la tierra es el humano, el puramente humano. Emociona oír hablar á los discípulos del gran George. A ellos se deberá la eliminación de esas falsas doctrinas judaicas de la tierra, que hipotecaban la tierra como los sacerdotes el cielo, y por las mismas razones. Los campesinos lloraban al oír hablar de la tierra á Tolstoi, el gran discípulo del apóstol norteamericano.

«*El pan cuesta demasiado caro al hombre*»—ha dicho un poeta belga—. Y todos los días, acallando nuestras miserables pasiones, la Naturaleza dice: «Hombre, no seas necio. No has de comer el pan con el sudor de tu frente ni con lágrimas. Eso son supercherías de los sacerdotes aliados con los poderosos. El pan es tu derecho, la tierra es tuya. Coge y come. El trabajo no fatiga cuando el fruto es para quien labora; pero el que derrocha en la ciudad, ha de robarlo á sus colonos. No llores ni sudes. Libérate y trabaja. Y sabe que la tierra es del *Hombre*, no de un *hombre*.»

Es terrible saber que el pan cuesta al hombre lágrimas. ¿Hay, por ventura, mayor absurdo?

Eugenio NOEL

(Concluirá en el número próximo.)



FRANCISCO DIEGO

Publicamos el retrato de este gran socialista, para rendir un tributo de admiración al que en vida era conocido como el insustituible secretario del partido socialista.

Odiaba el mitin, prefiriendo la propaganda escrita; en la «Semana burguesa», de *El Socialista*, demostró sus cualidades de satírico fino.

Por espacio de muchos años presidió el

acto que los obreros celebran el 1.º de Mayo.

Dedicarle un recuerdo en esta fecha es lo menos que se puede hacer.

Unamos en este modesto homenaje los nombres de otros compañeros que con él compartieron los primeros sinsabores de la lucha, que se llamaron Eugenio Espinosa, José Pérez Polo, encuadernadores; Nafarrete y Cermeño (padre), tipógrafos; Pablo del Cerro, carpintero; Cipriano Rubio, albañil, y otros que sentimos no recordar.

DESPUÉS DEL DEBATE

Ahora que la discusión está terminada en el Congreso, saquemos las consecuencias:

I. En España hay una ausencia general de sentido jurídico. Es claro que las multitudes son siempre sentimentales y obran por simpatías ó antipatías exclusivamente. Pero en España no hay tampoco *individuos*; nuestra multitud no tiene la potencia de *individualizarse*, de descomponerse en individuos; cada ciudadano es *masa*, y no *persona*; no consigue aislarse en su *yo* respectivo y reflexionar fríamente sobre las causas, reaccionando sobre la pasión. El revisionismo del proceso Ferrer es una manera de *apelación* al cerebro *contra el corazón*, y España no tiene cerebralidad...

II. La revisión del proceso está hecha. El debate parlamentario de estos días es ya una revisión. Y el solo hecho de que una culpabilidad sea combatida tan enérgicamente, por juriscultos como los que han hablado contra la sentencia, prueba el absurdo de aquella ejecución; porque la culpa no podía ser evidente, cuando aquellas personas la niegan, y sobre una culpa no evidente no puede recaer una sentencia irreparable, fatal y cruenta. El sosma de nuestros adversarios era nuevamente este: *Es así que yo quiero que la sentencia sea justa, porque conviene á los prestigios A ó B que lo sea; luego ya lo es*. No inducen de la naturaleza del proceso la justicia de la sentencia, sino que deducen de la conveniencia de los jueces y del gobierno la justicia de la sentencia. Esta es la verdad.

III. Es imposible una *revisión de España*, un *revisionismo de los españoles*, una regeneración definitiva de la idiosincrasia nacional mientras el régimen no cambie. ¿Por qué? Porque una monarquía es una *continuación*, no una *evolución*. Una monarquía es siempre solidaria de sus hechos pasados, porque ella permanece, es estática. Bajo una República es posible, sin revolución, el cambio radical. La revisión del caso Dreyfus, en una monarquía, hubiera sido imposible. Bien lo comprendieron los antirrevisionistas franceses, monárquicos casi todos. Una monarquía tiene mucha semejanza con la Iglesia, inmovilizada y dogmática. Por eso una monarquía es indirectamente revolucionaria, porque induce á la revolución, por desesperanza en el sistema evolutivo. En República, los revisionistas del proceso Ferrer hubieran podido llegar al poder á fin de realizar su obra de depuración y justicia. (Repárenos que la revisión del proceso Ferrer no era más que una *repetición* del proceso, y no implicaba absolutamente que nosotros, los que creíamos en la inocencia de Ferrer, tuviésemos razón. Se trataba de discutir precisamente si la teníamos. Y esta prueba es lo que se nos ha denegado.) En monarquía, aquellos varones están en el ostracismo absoluto del poder, un *ostracismo nato*, mientras los odiosos Maura y Cierva pueden volver mañana á ser un peligro para la Patria.

IV. El ¡*Vivan las caenas!* es un grito no apagado todavía. Hay una gran parte de opinión española que continúa siendo *carne de tiranía*. Le agrada que se burlen de la ley civil que ella misma un día se construyó. ¿Qué quieren? Estas cosas enojan tanto, que uno piensa si aquí el proselitismo es ya definitivamente cosa inútil, si los españoles tienen una impotencia de asimilación de la racionalidad de las propagandas liberales y nuevas, y si hemos de declarar fallida para siempre la aclimatación del árbol de la libertad, que no puede darse en este medio. De todas maneras va siendo cada día más evidente que falta una larga obra escolar y pedagógica precursora de

la obra política de renovación; falta habilitar al *menor* para su *mayoría*.—El mismo Ferrer, á pesar de su concepción simplificada, había comprendido esta nueva necesidad del tiempo, y el viejo zorrillista que había en su persona, preparador de pronunciamientos, va á ceder el lugar al educador.

V. Los regionalistas están ya hoy reducidos exactamente al papel que tuvo Lerroux ante los hechos del 25 de Noviembre. *La Veu* ha escrito también su *Alma en los labios*. No se extrañe que, ante esto, nosotros suscitemos una nueva solidaridad: la Solidaridad de las izquierdas, plenamente civiles, ante estos catalanistas de ayer, que hoy son doblemente adversarios nuestros como militaristas y como clericales. ¿Con qué derecho podrán ya, de hoy en adelante, alzar una voz contra la ley de Jurisdicciones, los que aclamaron el ominoso discurso de Cierva, y aprobaron el proceso Ferrer, y se negaron á la revisión que era una victoria del civilismo?—Ayer mismo leía yo, en un artículo excrementicio de aquel pobre Mosén Alcover, aclamado un día como la gloria catalana, la confesión de que se había equivocado cuando iba á decirse contra la ley de Jurisdicciones: «Que no debe ser tan mala cuando todas las izquierdas la combaten.»

VI. Del debate Ferrer se desprende la sombra de una gran culpable: la burguesía de Barcelona, que ha encontrado en Maura y Cierva su genialidad. España no es, como Francia, una nación en que la capital fabrica las provincias. Al revés. Aquí las *capitales*, las *ciudades*, Madrid y Barcelona, en lo que tienen de progresivo, son ofuscadas por el espíritu rural y provinciano. Y Barcelona, en la cuestión Ferrer (como en la cuestión Rull, si bien en forma diversa), ha demostrado ser *provincia*...

VII. ¿Y Canalejas? La incoherencia de este hombre es estupenda. En el primer discurso deja entender, bien claro, que está muy lejos de aprobar la sentencia. «Yo no la apruebo ni la desapruébo—dijo—; la sostengo. Si mañana una nueva sentencia anula la primera, la sostendré igualmente, porque tal es el oficio de los gobiernos.» Y en el último discurso lanza estas escandalosas palabras: «Ya que vosotros me amenazáis, si cien veces estuviera convencido de la justicia de la revisión, ¡cien veces la denegaría!»—Otro día es el caso Rull: «Puede ser que no haya pruebas bastantes contra Rull; pero se dice que esos jurados han recibido anónimos amenazadores para el caso que no lo absuelvan; y por eso, de todas maneras, se le tiene que condenar!»—Otro día es el indulto de Ferrer: «Tal vez el indulto de Ferrer es una satisfacción de justicia, más que un acto de gracia; pero desde el momento en que el extranjero hace manifestaciones tumultuosas pro-Ferrer, denegüemos el indulto!»—Hoy, en boca de Canalejas, el viejo tópico nacional reflorece... Señor presidente: ¿Es que hay derecho á supeditar la justicia á la *gallardía* de una provocación ó á la petulancia de un gesto? ¿Es que usted, personalmente, es superior á la justicia? ¿Es que sus miras puramente subjetivas son superiores á la justicia, que es objetiva, que es condición absoluta y *sine qua non* de vuestro mismo poder, delegado por *Ella*, recibido precisamente para servirla y realizarla?

Y contestando á una frase de Pablo Iglesias, en que decía que el socialismo internacional impediría la intrusión de las naciones grandes contra las pequeñas, Canalejas, que no comprendió, preguntaba: «Entonces, ¿por qué los socialistas no ayudaron á España contra los Estados Unidos?» Señor Canalejas: en aquella guerra el débil no era España: era Cuba, y en favor de este débil intervinieron, justamente, los norteamericanos; y en favor de este débil estaban las simpatías del socialismo.

VIII. ¿Volverá Maura?—¿Quién sabe? Yo repito mi frase de un día: «Maura no puede volver; lo cual no quiere decir que no vuelva...» En España todo es posible. En un país donde la voluntad del sufragio, la fuente del poder legislativo depende de una palabra del monarca, encargando á un partido determinado la formación de Ministerio, todo es posible.

No es la voluntad del país la que hace los gobiernos. Son los gobiernos los que

hacen la voluntad del país... Bajo un régimen republicano, Maura y los suyos hubieran pasado á la Historia, en última apelación. Aquí... Pero si vuelve Maura y no hay un fuerte movimiento de opinión que le imposibilite la vida gubernamental, este país está muerto... Retirémonos á casa.

Gabriel ALOMAR

De la historia y la leyenda

Dicen que con motivo de las actuales fiestas conmemorativas de la unidad italiana, el gran actor Ermette Zaccani ha escogido la figura inmortal de Don Juan Tenorio para presentarse ante el público cosmopolita que para tal hora llenará de estruendo á Roma.

La decisión del actor italiano es admirable. La figura del conquistador español no ha sido todavía presentada en las tablas con grandeza. El intérprete más afortunado no ha sido más que un fastuoso espadachín capaz de conquistar á infelices provincianas. Pero un Don Juan Tenorio sevillano capaz de vencer en Flandes, de robar en Italia, de hacer desvariar de amores á una bella gitana granadina, y de cruzar estruendosamente y sin descubrirse bajo las bóvedas del templo de Santa Sofía de Constantinopla, á ese Don Juan Tenorio todavía no lo han visto por estas tierras las mujeres latinas.

Es un caso curioso lo que ocurre con la figura legendaria de Don Juan. Todas las mujeres se han supuesto al conquistador sevillano dotado de idénticas cualidades físicas. Hay muchas mujeres para quienes el tipo de hombre ideal es un rubio de grandes ojos azules, pero un rubio dorado á fuego. Estas mismas mujeres, cuando sueñan con Don Juan, no lo ven rubio, sin embargo. Para éstas, y para las otras, Tenorio es un hombre esbelto, proporcionado, vigoroso, de ojos negros como la pez y de piel bronceada como la de un turco. Tenorio, para todas las mujeres, es el hombre que tiene en los ojos reflejos del incendio de todas las pasiones. Y de esto—hay que confesarlo—solamente poseen casi la exclusiva los hombres que nacen en tierras que tienen muy cerca el sol. En Sevilla, en ciertos rincones soleados de Roma, en el Cairo, se ven tipos de hombres que solamente parecen nacidos para las luchas del amor y de la muerte: poetas que no escriben versos y que mueren siempre en plena juventud; conquistadores, pendencieros, soberanamente justos ó bárbaramente arbitrarios, pródigos, valientes, malvados como Byron, buenos como Byron, y sensibles y locos y grandes como Byron también.

Es un gran crimen el que cometió Camoamor presentando á Don Juan en su vejez, cercado y vencido puercamente por los achaques del cansancio de la vida. Don Juan no fué viejo nunca. Byron y Lermonoff, el uno inglés y el otro ruso, uno en las tierras griegas y el otro en las faldas del Cáucaso, los dos murieron trágicamente en plena lucha, en plena vida y en pleno amor. Todo envejece en la tierra menos Don Juan.

Ninguno de los grandes actores que tocaron la figura de Tenorio lograron representarla dignamente. Comediantes de genio que comprendieron en grande el carácter de Hamlet ó el de Syloc, no lograron comprender, ó por lo menos representar, la figura de Tenorio. Y es que Don Juan y Don Quijote son quizá los únicos héroes legendarios que viven con un absoluto consorcio entre su figura física y moral. Para dar un gran aliento de vida á la figura del pendenciero sevillano no basta un comediante de talento; es menester, además, un hombre de extraordinaria presentación física, un hombre de gallardías corporales armónicas y musicales como los movimientos clásicos de un gran torero. Hubo en España un hombre que, si hubiera dejado adornar su rostro por la barba mora de su raza, hubiera sido la encarnación del Don Juan Tenorio de Zorrilla. Me refiero á aquel mancebo de rostro de Antinoo y ojos árabes que se llamó Fabrillo; aquel por quien llora todavía de amores la triste compañera que allá, en las poéticas soledades del convento, suspira al unir en sus recuerdos los días de la infancia, en Gandia, y el amor de aquel hombre, tan bravo y tan

gallardo como Roldán, cuya carrera triunfal partió para siempre de un solo hachazo, sobre la arena del circo de Valencia, un toro negro, negro como la traición y la desventura.

Ya que he apuntado el nombre de Fabrilo, voy á hablar un poco de las tragedias evocadas por ese nombre. Los dos hermanos Fabrilo murieron en la misma plaza, en idénticas suertes de la lidia y en las astas de dos toros negros de la misma ganadería. En el cementerio de Valencia hay, sobre una tumba, esculpido en piedra, un capote de torear en el que se lee, grabada, una inscripción digna de las mejores épocas de Esparta:

«Aquí yacen los hermanos Fabrilo. Fueron valencianos. Fueron toreros. Fueron valientes.»

Así dice la inscripción funeral. ¿Verdad que, sin faltar en nada á ninguno de los respetos de la Historia, ese epitafio de Valencia evoca el recuerdo de otro epitafio griego, grabado sobre una piedra en el desfiladero más gloriosamente trágico del mundo?

Confieso que el nombre de los Fabrilo tiene la virtud de hacer erguirse ante mí la visión de todo el espíritu grande, bravo y aventurero de la raza.

En la historia fatal de ese nombre no falta ni la tragedia del amor. Hay dos gladiadores muertos en plena juventud; una madre capaz de concebir una inscripción funeral digna de fama, y una hermosa valenciana de Gandía que sabe va lo que son los dolores supremos del querer.

He ahí una historia fatal en tres capítulos: Gloria, Amor y Muerte, las tres constelaciones más brillantes que se destacan sobre el cielo espiritual de todos los hombres.

Prudencio IGLESIAS

Abril, 911.

La Administración municipal

Desde que este semanario salió á la circulación, hemos rehuido premeditadamente el analizar y discutir los acuerdos tomados por nuestro Ayuntamiento. No estábamos conformes con muchos de ellos; creímos que merecían toda clase de censuras; pero la circunstancia de que sea republicana la mitad del Concejo, unida á las maliciosas suspicacias que seguramente hubiesen despertado nuestras manifestaciones, nos obligaban á guardar un discreto silencio, en tanto se presentaba ocasión propicia para manifestar claramente nuestro juicio.

La opinión muy generalizada en el partido republicano, la de que todo el afán y todo el ardor que se emplea en hacer resaltar las faltas de los enemigos, debe trocarse en mutismo y benevolencia cuando se trata de los errores propios.

Nosotros entendemos todo lo contrario, porque la verdad y la razón no distinguen de colores políticos, y en la discusión y en la controversia es donde se contrasta la rectitud de los representantes populares y quedan desvanecidas las creaciones de la maledicencia.

En todo momento estamos dispuestos á destruir las insidias que quieran arrojar sobre los representantes del partido republicano en las corporaciones del Estado, los que cultivan el *sport* de destrozamiento prestigios conquistados á fuerza de abnegación y honradez; pero al mismo tiempo seremos fiscales severos y expondremos el concepto que sus actos nos merezcan, sin atender afectos ni amistades.

Para esto no tendremos más limitación que aquella que nos impone la harta frecuencia con que en el partido republicano se confunden á los saneadores con los perturbadores. Y el deseo de contarnos entre los primeros sin mezclarnos con los segundos, nos obligó á guardar este silencio, que hoy rompemos en vista de que la Prensa republicana de Madrid (órganos más autorizados que nosotros) ha tratado estas cuestiones emitiendo claramente su parecer.

Lo ocurrido con el expediente del conde de Malladas no tiene explicación. Con el voto en pro de algunos concejales republicanos, se acordó no recurrir de una Real orden del ministro de la Gobernación,

por virtud de la cual el Ayuntamiento pagará al conde de Malladas 47.948,96 pesetas, más de lo que valen los terrenos que le expropia.

El mejor comentario que puede hacerse es copiar lo que á este propósito escribe nuestro colega *El Radical*:

«El expediente data de hace muchos años. Ha sido necesario que sea alcalde el Sr. Francos Rodríguez, que haya veinticinco concejales republicanos y socialistas en el Concejo—y no decimos que sea concejal y teniente alcalde el Sr. Díaz Agero, hijo del conde de Malladas, propietario de esos terrenos, porque, ¿cuándo no hubo un Díaz Agero en el Ayuntamiento?—ha sido necesario, repetimos, llegar á tener una gran minoría, que es una mayoría á los efectos de las votaciones, para que á Madrid le cuesten los terrenos del paseo de Ronda 47.948,96 pesetas más de lo que debió pagar por ellos.»

Claro que los veinticinco concejales republicanos no votaron contra la interposición del recurso, y, por tanto, no puede caer la censura sobre todos; pero no estaría de más que se concretara la responsabilidad y los electores pidieran cuentas á aquellos que sumaron sus votos á los de los monárquicos.

Otra de las cuestiones que preocupan á la opinión en Madrid es la suerte que corra la cuestión de Consumos. La demora con que se llevan los trabajos para buscar impuestos que los sustituyan hace temer que vayamos á un nuevo arriendo, y esto hay que evitarlo á todo trance. En este asunto no alcanza la responsabilidad por entero á los concejales, porque la sustitución ha de hacerse mediante una medida legislativa, toda vez que el Estado tiene que autorizar los impuestos que creen los Ayuntamientos y prescindir del cupo que éstos le pagan en concepto de Consumos.

Pero no deben olvidar los concejales que á ellos les afecta más directamente que á nadie la resolución del problema, puesto que en los mítines electorales hicieron la solemne promesa de sustituir el impuesto. Todos sabemos que el éxito de la campaña depende de la gestión que realice la minoría republicana del Congreso; pero los concejales deben promover una honda agitación en Madrid para facilitar la labor de los diputados.

Si por ser nuestros considera alguien pretenciosos estos consejos y estas advertencias, le diremos que están inspirados en el temor de que llegue el 30 de Junio y queden puestas las cassetas, mientras nos entretenemos en discutir de quién fué la culpa. Aguardemos trabajando. Busquemos el apoyo del pueblo tomando por bandera lo que escribe á la cabeza de un dictamen la comisión extraparlamentaria que nombró el Gobierno para estudiar la sustitución:

«Impuesto tradicional; la tradición lo abomina.

Impuesto empírico; la ciencia lo condena.

Impuesto vejatorio; el pueblo lo aborrece.

Impuesto vicioso; la moral lo rechaza.

Impuesto arbitrario; la justicia lo repudia.

Impuesto de la holganza; lo odia la pobreza.

Impuesto desigual; la equidad lo rechaza.

Impuesto perturbador; la sociedad lo repueba.

Impuesto antihigiénico; la vida lo maldice.»

«Impuesto vergonzoso; la dignidad lo extermina», añadimos nosotros, y nadie más interesado que los concejales republicanos en que esto se convierta en realidad.

LA MONARQUÍA

CONTRASTES

Durante la semana anterior, D. Alfonso, después de su regreso de Burdeos en tren que conducía como maquinista el duque de Zaragoza, conversó brevemente en Palacio con Canalejas; estuvo en la Casa de Campo jugando al «polo»; recibió varias visitas; fué en automóvil al campamento de Carabanchel; recibió en audiencia á varios generales, jefes y oficiales del Ejército; estuvo en el campamento de los Alijares, y

asistió á una corrida de toros, en la que no le brindaron ninguno, quizá por la discreta si que también significativa retirada que hizo en el palco al posesionarse de los «chirimbolos» de matar «Machaquito»; por cierto que una barbiana que estaba á la «vera» del que escribe, dijo: «Pue» que no lleve suelto.

Han correspondido, en la semana, á la real familia:

	Pesetas.
Al rey.....	136.115
A su hijo mayor.....	9.716
A su esposa.....	8.750
A su madre.....	4.858
A su tía Isabel.....	4.858
A su tía Paz.....	2.926
A su tía Eulalia.....	2.926
A su hermana María Teresa.....	2.926
A su hijo Jaime.....	4.858
A su hija Beatriz.....	4.858

Total en buena moneda de oro y sin descuento..... 182.791

Se ha celebrado en el salón de sesiones del Ayuntamiento de Córdoba una reunión de todos los elementos comerciales y mercantiles de aquella capital, para protestar contra la elevación de la contribución industrial y otros tributos.

Según el Instituto de Emigración, en los meses de Noviembre y Diciembre salieron de España 46.722 españoles.

En Serón (Almería) amotináronse gran número de campesinos y vecinos del pueblo con motivo del reparto de Consumos, intentando asaltar el Ayuntamiento.

«Tres piadosas damas católicas y monárquicas han entregado 1.250 pesetas para subvenir á los gastos que origine el Congreso Eucarístico.»

Será lástima que estas piadosas damas católicas y monárquicas no se enteren de la carta de Vera (Almería) que publica *El Radical de Madrid* el jueves 27, carta que termina con las siguientes palabras:

«¡Noble Prensa española! ¡Generoso pueblo español! ¡El infeliz pueblo de Vera os pide ayuda y una limosna por el amor de Dios!»

Mientras que en España se dé el bochornoso y cobarde caso de que un pueblo en masa pida una limosna por el amor de Dios, habrá damas piadosas que entreguen miles de pesetas para Congresos Eucarísticos.

Para el 7 de Mayo

Manifestaciones en toda España

El domingo 7 de Mayo, víspera de la apertura de las Cortes, se celebrarán manifestaciones en Madrid y en todas las capitales españolas.

La Conjunción republicano-socialista organiza dichas manifestaciones, firme en su propósito de proseguir, dentro y fuera del Parlamento, la campaña emprendida para lograr lo que sigue:

Derogación inmediata de la ley de Jurisdicciones.

Reforma de la ley de Justicia militar, borrando los absurdos de la parte penal y de la de enjuiciamiento.

Revision de los procesos seguidos contra Baró, Clemente García, Hoyos, Ferrer y Malet.

Apartamiento de toda política de aventuras belicosas en Africa.

Instauración del servicio militar obligatorio.

Supresión del impuesto de Consumos.

Transformación de la Hacienda nacional, en forma que los impuestos se asienten sobre bases equitativas y los gastos se apliquen á satisfacer necesidades del país.

En las poblaciones donde no sea factible la organización de manifestaciones, deben celebrarse mítines el domingo 7 de Mayo.

Deber de todos los españoles que amen el engrandecimiento de su patria, es el contribuir con entusiasmo á la eficacia de esta campaña regeneradora.

CRONICA SOCIAL

ESE ES EL CAMINO

ABRIL

30

1906. — Muere Arques
Materiaidor valenciano.

DOMINGO

El criterio, mejor dicho, el acuerdo que las directivas de todas las Sociedades de la Casa del Pueblo sancionaron, respecto a la conducta que se ha de seguir, caso de que los compañeros albañiles lo precisen, es lo que en la crónica del pasado número yo recomendaba, bajo el título «A la lucha». No me hago la ilusión de que aquellas pobres líneas hayan podido influir para tomar el acuerdo de que la causa de los albañiles debemos todos defenderla como causa propia.

El pensamiento de cuantos convivimos en la Casa del Pueblo está hoy fijo en la solución del conflicto que a estos compañeros les provocaron sus patronos; hay que luchar; hay que ser todos unos; la unión constituye la fuerza.

Si consumidos todos los fondos de nuestras cajas sociales, fuera preciso ir al paro general, debemos ir, no con violencias; sencillamente, cruzándonos de brazos logramos nuestro propósito; á nosotros no nos causa pavor quedarnos un día sin pan (tantos nos quedamos), que uno más poco había de importarnos.

El lock-out se ha querido aprovechar como arma política; demostremos que les hemos conocido el juego; hagamos ver á los políticos que el día que los obreros tengamos que lanzarnos á la lucha política lo haremos sin buscar pretextos; sabemos dar la cara y no esconder el pecho.

Mi felicitación más entusiasta recibíala albañiles y peones por su resolución de luchar unidos, así se procede; sólo con la unión conseguiremos aplastar á los que nada producen y de todo disfrutan.

N. H.

Por exceso de original, y con el fin de dedicar parte de este número al 1.º de Mayo, suprimimos la sección de noticias.

Federación de Juventudes socialistas

A LAS JUVENTUDES:

El Comité de la Federación de Juventudes Socialistas de España ruega á todas las Juventudes republicanas de Conjunción, obreras, literarias, etc., que no mantengan con él correspondencia, le envíen nota detallada de sus domicilios, afiliados con que cuentan, procedimientos de lucha que emplean, relación nominal de individuos que figuren en sus Comités ó Juntas directivas y cuantas noticias estimen puedan interesarnos.

Trata este Comité de formar una estadística de Juventudes avanzadas que se cunden á la Conjunción y de organismos dispuestos á laborar de común acuerdo por la causa de la emancipación.

Las contestaciones dirijanlas, á la mayor brevedad, al Comité de Juventudes Socialistas de España, Piamonte, 2, Madrid.

Madrid, 20 de Abril de 1911.—Por el Comité: El secretario, *Francisco Saborit*; el presidente, *Fernán Blázquez*.

La Unión republicana y la Conjunción

El partido de Unión republicana ha acordado ingresar en la alianza republicano-socialista. El Comité de Conjunción aceptó gustosísimo este nuevo refuerzo de un partido tan importante y de historia tan brillante en el republicanismo español.

Nos felicitamos sinceramente de que la Unión venga á formar parte del núcleo de Conjunción, sumando sus esfuerzos á los de todos y contribuyendo á la perfecta inteligencia que nos ha de dar el triunfo.

AGRADECIDOS

El reducido tamaño de nuestro periódico nos impide insertar las numerosas felicitaciones que hemos recibido por la publicación del artículo «Al partido conservador: ¡179 contra 23!...», original de nuestro distinguido colaborador Eugenio Noel.

Agradecemos vivamente las palabras de aliento y de cariño que vienen en esas felicitaciones, y trasladamos éstas al autor del artículo que las motiva.

Para nosotros ha sido causa de gran satisfacción ver reproducido este artículo en varios colegas de provincias, entre ellos *El*

Progreso, de Barcelona, lo cual constituye un gran triunfo.

A este propósito, en su número del 27 de Abril, dice el citado periódico:

«Hemos recibido entusiasmas plácemes por la inserción del artículo del joven escritor Eugenio Noel, que lleva por título «Al partido conservador: ¡179 contra 23!...», felicitaciones que trasladamos al autor y al semanario *LA PALABRA LIBRE*, que lo había publicado primeramente.»

Conferencia en Toledo

Nuestro compañero de redacción Francisco Escola, dará hoy domingo una conferencia en Toledo, sobre el tema «Europa y España».

Reina en aquella capital gran entusiasmo, lo que promete que ha de resultar hermosísima la velada que se proyecta, y en la cual disertará nuestro amigo sobre el tema expresado.

Donativos á «La Palabra Libre»

	Peseta, s
D. Miguel Roldán, Aldeanueva de la Vera	2,50
D. Salvador Ramos, Santa Elena	2,00
D. Juan Jiménez, Ecija, por cuenta de un grupo de obreros agrícolas.....	1,50
(Continuad.)	

CORRESPONDENCIA

J. M.—Málaga.—Recibido; gracias por su interés al periódico.

A. D.—Carrasca de Martos.—Idem id.; cumplí su encargo para el Sr. Barriobero; recibidas 2,40.

A. S.—Lalín.—Quedamos agradecidos á su cariñosa carta.

E. T.—La Línea.—Remito 25 del 19.

F. S.—Ecija.—Tomé nota del aumento.

L. S.—Murcia.—Recibidas nuevas suscripciones; con gusto cumplí los gratos encargos de usted y de su señor padre; remití 18 ejemplares y suscripción.

C. M.—Escarfuela.—Estimamos su cariñosa carta; queda usted servido.

S. R.—Santa Elena.—Gracias por todo.

R. S.—Lorca.—Queda usted servido.

A. A.—Yecla.—Idem id.

J. B. D.—Barcelona.—Felicitamos á usted efusivamente por su digna actitud defendiendo el derecho de *LA PALABRA LIBRE* y haciendo rectificar al periódico *alejandrino* que dirige el señor Ambrosio.

L. S.—Murcia.—Recibido boletín; remito ocho más.

E. S.—Cariñena.—Queda usted servido.

La Palabra Libre

PERIÓDICO REPUBLICANO DE CULTURA POPULAR

ADMINISTRADOR: RAMÓN MARTINEZ SOL

CORRESPONSALES: París, I. L. Lapuya; Buenos Aires, Carlos Malagarriga; Barcelona, J. Bordas; Sevilla, Enrique Ventura Lusilla; Zaragoza, J. Gómez Fabian; Cáceres, Juan L. Gordero; Vélez-Málaga, M. Infante Muriel; La Línea, Sixto Rosas; Espejo, J. A. Pérez Córdoba; Ecija, Federico Sanromán; Reus, Juan Roca; Almería, Alejandro Bermúdez; Cádiz, Patricio Duque Peña; Murcia, Lázaro Somoza; Salamanca, Nicolás García.

SUSCRIPCIONES

MADRID: Un mes	0,35 pesetas.	PROVINCIAS: Trimestre	1,20 pesetas
— Trimestre	1,00 —	— Semestre	2,40 —
— Semestre	2,00 —	— Año	4,50 —
— Año	4,00 —	EXTRANJERO: Año	8,00 —

Se publica los domingos.—Ejemplar, DIEZ CENTIMOS en toda España.—Inserciones á precios convencionales. Las suscripciones se remiten en sobre abierto, con sello de cuarto de céntimo.

BOLETIN DE SUSCRIPCIÓN

D. vecino
de calle de
núm. piso provincia de
se suscribe por un á *La Palabra Libre*.
..... á de de 19.....
El suscriptor, El administrador,

BOLETÍN DE DONATIVO

..... vecino
de provincia de
que vive calle de núm. piso
entrega á *La Palabra Libre* en concepto de donati-
vo la cantidad de pesetas céntimos.
Firma,